

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Antonio Ibarra

“La cuantificación sistemática en historia económica colonial: un notable desarrollo sin entorno teórico propio”

p. 143-157

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LA CUANTIFICACIÓN SISTEMÁTICA EN HISTORIA ECONÓMICA COLONIAL. UN NOTABLE DESARROLLO SIN ENTORNO TEÓRICO PROPIO¹

ANTONIO IBARRA
Facultad de Economía, UNAM
El Colegio de México

Introducción

La cuantificación sistemática en la historia económica ha ido asociada al intercambio disciplinario entre las ciencias sociales y los nuevos instrumentos y lenguajes científicos de nuestro siglo. En efecto, la historia dejó de ser un discurso narrativo de hechos singulares, irrepetibles, para buscar una reconstrucción de la totalidad social en el pasado. Esto la llevó a “dialogar” con las modernas especializaciones del conocimiento social: economía, sociología, psicología, demografía, antropología y lingüística, entre otras. La integración epistemológica de un conocimiento global del pasado está, pues, en el origen de la transmisión de conceptos, categorías y lenguajes entre disciplinas afines a la historia. Uno de estos lenguajes, el análisis matemático, ha sido incorporado al estudio del pasado con muy desiguales resultados en relación con los campos temáticos de su aplicación, pero en algunos casos favorablemente: la econometría en la historia económica y la sociometría en la historia social.²

El desigual desarrollo de las ciencias sociales obligó a establecer relaciones entre campos comunes y, complementariamente, entre instrumentos analíticos particulares. La teoría económica, en concreto, desarrolló desde fines del siglo pasado un lenguaje y una lógica relacional entre eventos económicos representables cuantitativamente (como el producto físico, los precios, las rentas y los indicadores cambiarios y bursátiles) que condujeron a la formalización de sus asociaciones hasta un nivel explicativo plausible: el modelo.³ La “revo-

¹ Una versión preliminar recibió pertinentes comentarios y críticas de María Fernanda de los Arcos y Carlos Aguirre, a quienes agradezco su atención.

² François Furet, “Lo cuantitativo en historia”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *La Historia. Nuevos enfoques*, Barcelona, 1974, p. 55-73.

³ “Los modelos —señala Braudel— no son más que hipótesis, sistemas de explicación sólidamente vinculados según la forma de la ecuación o de la función; esto iguala a aquello o determina aquello.

lución” walrasiana en el pensamiento económico consistió, en términos globales, en la formalización del comportamiento económico y una ampliación de sus instrumentos de representación, fundamentalmente matemáticos.⁴ Lo anterior no hizo de la teoría económica una disciplina científicamente más desarrollada, pero sí la dotó de elementos expresivos más cercanos al lenguaje científico dominante: el matemático.

La representación formal, cuantitativa, entre “variables” relacionables fue el camino elegido por la teoría económica “moderna” para construir su “nuevo” paradigma devenido de una época de conocimiento ideográfico: la economía política clásica. Esta evolución, ciertamente parcial en el campo de la economía, la convirtió en un conocimiento primordialmente empírico como lo muestra el desarrollo de la “modelística”, lo que confirma, por otra parte, el influjo del lenguaje matemático y la lógica formal en la moderna teoría económica.

Efectivamente, el *triunfo* de las matemáticas en la ciencia moderna deriva de sus cualidades de representación formal, precisión relacional y sistematización jerárquica de los eventos representados (variables). Además, de la posibilidad inmediata de construir conjuntos relacionales entre sus elementos y plantear, ordenadamente, el funcionamiento de su interacción, esto es, formalizar un modelo. Si bien esto ha cambiado recientemente, así lo muestran los teoremas sobre la interactividad sistémica y el caos, la historia ha sido relativamente impermeable aún a este debate.⁵

Por otra parte, y una vez planteado lo anterior, resulta sorprendente que por lo menos desde hace dos décadas no presenciemos un debate sobre la cuantificación en la historia. Silenciados los cañones de la crítica nos vemos abrumados por una gran cantidad de estudios monográficos fincados en el análisis cuantitativo. Esta aparente paradoja, generalizable a amplios campos de las ciencias sociales, responde a que los grandes “debates por la historia” —en gran medida conceptuales e ideológicos— dieron paso a una tregua que se tradujo en una mutua indiferencia entre defensores y detractores. Predomina una febril tarea de investigación para mostrar, quizá por la vía de los hechos, la eficiencia de las estrategias historiográficas sostenidas antaño.

Una determinada realidad sólo aparece acompañada de otra, y entre ambas se ponen de manifiesto relaciones estrechas y constantes. El modelo establecido con sumo cuidado permitirá, pues, encauzar, además del medio social observado —a partir del cual ha sido, en definitiva, creado— otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y el espacio. En ello reside su valor recurrente.” Fernand Braudel, “La larga duración” (1958), en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1984, p. 85.

⁴ “En realidad, es sólo hasta la obra de Walras cuando se hace un primer esfuerzo sistemático por plasmar los enunciados de una teoría de los precios en términos matemáticos.” Carlos Salas, “Uso de las matemáticas en ciencias sociales. Posibilidades y límites”, en Ignacio Méndez y Pablo González Casanova, *Matemáticas y ciencias sociales*, México, 1993, p. 29-41.

⁵ Véase el interesante trabajo de Rolando García, “Teorías de sistemas y ciencias sociales”, en Méndez y González Casanova, *op. cit.*, p. 89-145.

No es casual que la vieja disputa por una historia cuantitativa como “econometría retrospectiva” (Marczewski) o una historia serial como “historia útil” (Chaunu) en la tradición francesa o, alternatively, una cliometría retrospectiva (la New Economic History) devenida de temas centrales de la teoría económica contemporánea (como crecimiento, mercados financieros, eficiencia de factores, cambio institucional y expectativas racionales, etcétera) tan ampliamente difundida en los medios académicos norteamericanos, parecen tan distantes en sus perfiles polémicos como estimulantes en sus resultados historiográficos.

Por tanto, en ausencia de aquellos “grandes debates”, es preciso mostrar los cauces de aquellas célebres discusiones a los avances silenciosos de la investigación empírica reciente, particularmente en nuestro medio.

Pese a ese silencio, vale la pena preguntarse qué beneficios obtiene el conocimiento histórico de la incorporación del lenguaje matemático en su discurso; cómo modifica su concepción del pasado; de qué manera potencia su capacidad explicativa y, finalmente, qué luces arroja sobre el pasado la cuantificación sistemática. En este contexto, es pertinente evaluar los debates originarios y evoluciones recientes del uso sistemático de la cuantificación en la historiografía económica y, en menor medida, social.

Matemáticas e historia: implicaciones epistemológicas

La historia, como conocimiento científico, es un pensamiento que estructura el pasado para definir su textura y modelar sus contornos para reconstruir el devenir social. Es, a la vez que un conocimiento ordenado, una representación simbólica de un pretérito inexistente, salvo por sus permanencias en el presente. Dicho de otra manera, la (larga) duración en la historia hace del presente un “presente histórico” que construye permanentemente el pasado, pues la ciencia social de lo actual no es extraña a la historia si ampliamos la longitud del conocimiento presente al pasado. Por esta razón, como bien prevenía Braudel, la historia no puede estar de espaldas al resto de las ciencias sociales y con ello a sus preguntas y recursos explicativos.⁶

Partiendo de esta consideración resulta natural contemplar que la historia puede, y debe, reestructurarse, incorporando conocimientos de otros campos disciplinarios y rompiendo las barreras de la especialización. Este doble juego

⁶ “Creo —escribió Braudel—, en efecto, que la historia de las civilizaciones, al igual que la historia a secas, se encuentra en una encrucijada. Necesita, aunque es contra su voluntad, asimilar todos los descubrimientos que las diferentes ciencias sociales, de nacimiento más o menos reciente, están realizando en el campo inagotable de la vida de los hombres. La tarea, aunque difícil, es urgente, ya que la historia sólo podrá servir desde primera fila a la inteligencia del mundo actual si permanece firmemente en esta vía por la que ya se está encaminando.” F. Braudel, “Aportación de la historia de las civilizaciones”, en *op. cit.*, p. 170.

requiere, primariamente, de un lenguaje y una preocupación común: el primero ha sido conceptual, pero también empírico, y la segunda deviene de transmitir las preguntas del presente a la historia. De esta manera, el lenguaje matemático y el conocimiento del presente (de la economía, la sociedad o la política) constituyen importantes referencias de la reflexión histórica.

La relación interdisciplinaria de la historia no ha estado libre de tensiones. Por un lado, se corre el riesgo de que el lenguaje subordine al objeto de la historia⁷ y, por el otro, el “presentismo” tiranice las preocupaciones del pasado. El riesgo es doble: *formalismo* y *anacronismo*. Ambos peligros, que ejercen un poderoso vértigo sobre los historiadores, han sido soslayados o resueltos⁸ displicentemente por otras disciplinas contiguas a la historia, señaladamente la historia económica como análisis económico, como *cliometría* económica.⁸

Sin embargo, la audacia de los cliómetras al plantear explícitamente “hipótesis contrafactuales en los modelos históricos sorprendió, pero también estimuló la reflexión sobre el pasado y, en cierto modo, cuestionó la linealidad causal y el determinismo en la historia.

Aún más, si bien el conocimiento del pasado rehúsa constreñirse a una “arquitectura matematizable”, es decir, a un modelo cuantitativo, el pensamiento histórico moderno construye su explicación —explícita o implícitamente— en términos de un conjunto de relaciones determinísticas, cualitativas y cuantitativas. De alguna manera, la ambición por abarcar amplios campos de la vida social tropieza con la complejidad de ésta y con la diversidad de sus registros testimoniales (escritos o simbólicos), monumentales, imaginarios o ambientales.⁹ De todos ellos los inmediatamente utilizables son los “estructuralmente numéricos”, es decir, aquellos que fueron generados como información sistemática y que son susceptibles de un manejo estadístico moderno: mensurables, reductibles y comparables. Éste es, sustancialmente, el principio de un “modelo de contabilidad económica” que explique la evolución histórica de un sistema económico particular, de una

⁷ Alertaba Braudel: “este lenguaje sutil que constituyen las matemáticas que corre el riesgo a la mínima inadvertencia, de escapar a nuestro control y de correr por su cuenta”. F. Braudel, 1984 (1958), *op. cit.*, p. 88.

⁸ “La cliometría, al surgir a principios de los años sesenta —sostiene O’Brien—, representa una vigorosa afirmación de la tradición ricardiana. La historia económica pasó a definirse como ‘economía aplicada’. La historia económica sin economía se consideró ‘insostenible’. Los métodos cliométricos, que se convirtieron en el distintivo de la práctica correcta de esta disciplina, derivaban de la economía e incluían la especificación de un modelo (adoptado o diseñado como pertinente al problema histórico que se investigaba), la búsqueda de información y, finalmente, el contraste del modelo con la evidencia presentada, con el fin de ofrecer conclusiones basadas en conjuntos de supuestos cuidadosamente especificados.” Patrick O’Brien, “Las principales corrientes actuales de la historia económica”, en *Papeles de la economía española*, n. 20, 1984, p. 383-399.

⁹ Furet, *op. cit.*, p. 60-66.

“contabilidad nacional regresiva”¹⁰ que no tuvo pudor en llamarse a sí misma *historia cuantitativa*.

De aquí salta, evidentemente, el peligro a un *reduccionismo* que limite la historia a lo económico y, más restringido aún, a lo exclusivamente mensurable y susceptible de relacionarse en un sistema de identidades numéricas ya que, por decir lo menos, tiene una frontera temporal demasiado próxima: la época preestadística.¹¹

En otro sentido, el uso del instrumental técnico del *ciclo económico* (análisis estadístico de series temporales) representa otra ruptura: el tiempo corto de la coyuntura *versus* el tiempo largo del cambio estructural, el tiempo histórico.¹² La sofisticación del análisis cíclico de los economistas —como representación gráfica del movimiento coordinado de variables económicas en el tiempo— contrasta con la reserva de los historiadores a considerar comparable el “ciclo moderno de los negocios”¹³ (industrial, comercial y financiero) con el de “tipo antiguo” (agrícola y comercial).¹⁴ Aun así, la reconstrucción de largas series de indicadores económicos (precios, rentas o intercambios) y demográficos tiene la relevancia de mostrar el “oleaje económico” entre los siglos, la continuidad en el cambio estructural, histórico, en los contornos de una *historia serial*.¹⁵

¹⁰ “La historia cuantitativa puede, pues, ser definida como un método de historia económica que integra todos los hechos estudiados en un sistema de cuentas interdependientes y que extrae sus conclusiones en forma de agregados cuantitativos determinados, integra y únicamente, por los datos del sistema (nota: el carácter integral y articulado de la historia cuantitativa —acota Marczewski— constituye su rasgo fundamental. Por eso no es posible aceptar la sugerencia de Pierre Vilar, que la llama ‘econometría retrospectiva’).” Jean Marczewski, “¿Qué es la historia cuantitativa?”, en J. Marczewski y Pierre Vilar, en *¿Qué es la historia cuantitativa?*, Buenos Aires, p. 13-68 (originalmente publicada en *Cahiers de l’ISEA*, Paris, serie AF, n. 15, julio de 1961).

¹¹ “los promotores de la nueva ‘historia cuantitativa’ hubieran debido tener en cuenta, sobre todo, dos elementos: la importancia del ciclo corto en las economías de antiguo tipo, y las diferencias esenciales entre las posibilidades de la ‘época estadística’ y las de la época ‘pre-estadística’”, Pierre Vilar, en Marczewski, *op. cit.*, p. 93. Por su cuenta, Chaunu observó: “En verdad, nuestros apresurados economistas habrán subestimado una de las barreras más fundamentales del conocimiento histórico. La de la era preestadística”, en *Historia cuantitativa o historia serial*, México, 1987 (1964), p. 38.

¹² “Nuestro problema—reflexiona Braudel—consiste en que debemos clasificar, por una parte, las coyunturas económicas, y por la otra, las no económicas [...] El armazón coyuntural nos ayuda a construir mejor el edificio de la historia.” *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1984, p. 330.

¹³ Véase Joseph Schumpeter, *Teoría del ciclo económico*, México, 1944, p. 304-363.

¹⁴ El concepto es de Labrousse, pero su generalización entre los historiadores lo ha hecho patrimonial de la historia. Ver Pierre Vilar, “Reflexiones sobre la ‘crisis de tipo antiguo’, ‘desigualdad’ de las cosechas’ y ‘subdesarrollo’” (1974), en *Economía, derecho, historia*, Barcelona, 1983, p. 13-42.

¹⁵ “Una historia estadística de la fluctuación de las economías del periodo que llamamos de buena gana el periodo preestadístico —escribió Chaunu— de los tres siglos de la Modernidad (xvi, xvii, xviii), puede aún, en rigor, servir a la reflexión de esta técnica social capital: la ciencia económica de la fluctuación”, Chaunu, *op. cit.*, 1983, p. 23.

Los contornos del debate: historia serial, cuantitativa y cliometría

La historia cuantitativa “está actualmente de moda, así en Europa como en Estados Unidos”, escribió François Furet en *Annales* a principios de 1971, en lo que sería un primer balance explícito de la historiografía cuantitativa de ambos lados del Atlántico.¹⁶ Casi dos décadas más tarde, el entonces editor de los *nouvelles Annales*, Bernard Le Petit, afirmaba en una ponencia dictada en Moscú que la “historia cuantitativa ya no está de moda” para enseguida abogar por la incorporación de nuevos procedimientos matemáticos a la mal llamada “historia cuantitativa”.¹⁷

¿Qué pasó entre la moda pública de la historia cuantitativa y su rehabilitación reciente? ¿qué efectos tuvo “la moda” en los comportamientos de largo plazo? Más precisamente: ¿qué se designa como “historia cuantitativa” y cuáles es su amplitud conceptual y metodológica real? Para responder a ello, quizá debamos retroceder tres décadas en la discusión historiográfica, retomar los conceptos originarios, explorar los desarrollos ulteriores y hacer justicia a ambos dictámenes sobre la cuantificación histórica.

Es necesario emplear dos criterios para establecer el auge y el desuso de la cuantificación: su utilidad instrumental y su pertinencia en el análisis de los historiadores, tanto en temáticas como en intereses. En los orígenes de esa moda están tres corrientes historiográficas —la historia cuantitativa, la serial y la econométrica— y dos oficios entrelazados y reñidos: el de historiador y economista, procurando a la vez diferenciación y comunicación. Dicho de otra manera, con un *lenguaje común* —la cuantificación— la historia emprendida por economistas se enfrentó a la economía del pasado vista por los historiadores. El resultado de ello fue la apertura de varios cauces historiográficos que tendieron a disociarse (*v. gr.* la *historia serial* de la *cliometría*) o a un agotamiento de su torrente creativo (la *historia cuantitativa* como *econometría retrospectiva*).

En esta historia, el primer impulso provino de los economistas interesados desde los años veinte en el estudio de los movimientos cíclicos de la economía (Juglar, Kitchin, Kondratieff, Kuznets y Schumpeter, entre otros).¹⁸ La respuesta no pudo ser menos creativa, con los trabajos de Hamilton,

¹⁶ “Lo cuantitativo en historia”, *op. cit.*, 1978 (originalmente en *Annales ESC*, XXVI:01, 1971, p. 63-75).

¹⁷ “La historia cuantitativa: dos o tres cosas que sé de ella”, *Coloquio Los Annales. Ayer y Hoy*, organizado por el Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de la (agónica) URSS. Ha sido publicado en castellano por Alejandro Tortolero en *Estudios Históricos I*, UAM-I, texto y contexto 15, México, 1993, p. 15-28.

¹⁸ J. A. Estey, *Tratado sobre los ciclos económicos*, México, 1974, p. 13-33.

Simiand, Meuvret, Labrousse y Vilar.¹⁹ Con ellos, la historia adoptó el arsenal técnico de las series temporales, planteó sus problemas e identificó la peculiaridad de la coyuntura y el ciclo económico en el pasado.²⁰

Más tarde, en la inmediata posguerra, la “revolución keynesiana” y la rehabilitación de la economía clásica (la “síntesis neoclásica”) señalaron a los economistas, particularmente norteamericanos, otro derrotero en la Historia: la historia económica como economía aplicada al pasado. Desprendieron de la moderna teoría económica problemas, temas e instrumentos de análisis siendo su principal innovación el examen deliberado del pasado bajo la prueba de “hipótesis contrafactuales”, esto es, someter a verificación empírica los juicios valorativos, relacionales, de los historiadores para pasar a mostrar su inconsistencia.²¹ La réplica del historiador, en cierto modo tímida, centró sus reservas en un plano metodológico: señaló el anacronismo y la impertinencia del sofisticado instrumento analítico, aunque no dejó de apreciar la idea de lo contrafactual como *test* histórico. A pesar de ello, dejó sólo en los economistas su ejercicio: los cliómetras no lograron infiltrar a los historiadores y prácticamente optaron por crear su disciplina aparte que, sin embargo, se ha extendido exitosamente.²²

De vuelta en Francia, hacia los años sesenta, el propósito de generar una interpretación empírica del crecimiento económico moderno condujo a la nueva aplicación retrospectiva del análisis matricial del producto nacio-

¹⁹ Véase la revisión de Vilar, 1983 (1974), citado *supra*, y el formidable trabajo de Ernest Labrousse, *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, 1962. Una visión de conjunto sobre el desarrollo historiográfico de la VI sección de la École en el trabajo de Emmanuel Le Roy Ladurie, “Lo cuantitativo en historia: la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études”, en C. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, 1976, p. 71-90.

²⁰ “En general, sostiene Chaunu, la duración de la fluctuación se acrecienta a medida que nos remontamos en el tiempo. El alargamiento es, además, proporcionalmente mucho más grande en los elementos largos y, en verdad, los más hipotéticos en las economías modernas de la coyuntura (fase e interciclo) que en los elementos cortos, fluctuaciones primarias y fluctuaciones cíclicas. El rasgo mayor de esta dinámica antigua puede ser así, resumirse en dos palabras: alargamiento y acentuación de la fluctuación.” Chaunu, *op. cit.*, p. 26.

²¹ “The union between measurement and theory —sostenía Fogel, al presentar los primeros resultados colectivos de la empresa cliométrica— is most clearly evident.” Robert Fogel, “The New Economic History: its Findings and Methods” (1966), en R. Fogel y Stanley Engerman, *The Reinterpretation of American Economic History*, Harper & Row, New York, 1971, p. 8.

²² “Yo no creo, hablando francamente —dice Romano—, que la importancia de la New Economic History resida en el uso de las calculadoras y ni siquiera tanto en los resultados por ella obtenidos (y que son, no obstante, muy interesantes). Pienso, sobre todo, que la gran contribución de esa escuela consiste en el hecho de que ha introducido un elemento absolutamente nuevo: la ‘alternativa’. ¿Cuál habría sido el curso de los acontecimientos si en lugar de adoptar una determinada solución la clase dirigente se hubiera decidido por otra manteniendo constante el sistema general político-administrativo-económico-social? La ‘novedad’, en este sentido y sólo en este sentido, de la New Economic History me parece verdaderamente fundamental.” Ruggiero Romano, “La historia hoy”, *Memoria de la reunión UNESCO-FLACSO*, México, 1980, p. 19. Para una ampliación del tema ver, del autor, “Conveniencia y peligros de aplicar los métodos de la ‘Nueva Historia Económica’”, en Enrique Florescano, *La historia económica en América Latina*, México, 1972, p. 237-252.

nal, a la medición sistemática del producto y la distribución del ingreso nacional: la llamada “historia cuantitativa”²³ por sus promotores (Marczewski y Toutain) y “econometría retrospectiva” por sus detractores (Vilar y Chaunu).

Nuevamente, la respuesta de los historiadores tuvo una expresión creativa: la medición serial no sólo económica, sino también demográfica y social. Por consiguiente, la construcción de modelos empíricos sobre el pasado no sólo debería incluir pulsaciones económicas sino también su respiración social y sus mutaciones demográficas: la historia serial debía ser útil y, a la vez, integradora.²⁴

Sin embargo, en estas propuestas historiográficas, pendulares en su diálogo, hay claves importantes que explican su incorrespondencia. Primero, el lenguaje —las matemáticas— y su sintaxis —y su cuantificación— no se corresponden: hay una gran diferencia entre medición y cuantificación, entre registrar y elaborar conceptualmente el “dato”, entre tomar el pulso y caracterizar la estructura económica o social en su movimiento.²⁵ No tiene el mismo significado trazar el curso coyuntural de variables que formalizarlas en un modelo de relaciones recíprocas cuantificables.

Segundo, la reconstrucción empírica del pasado entre historiadores y economistas refleja dos actitudes epistemológicas diferenciadas, ya que mientras los primeros enfatizan la calidad histórica del “dato”,²⁶ los segundos procuran la coherencia de los registros con el modelo a ensayar.²⁷ En ambos casos, el dato histórico es construido más allá de los acontecimientos —los

²³ Jean Marczewski, *Comptabilité nationale*, Paris, 1967, particularmente en “L’extension de l’espace comptable”, la sección segunda del capítulo II: L’apport à la science et à l’histoire, p. 557-561.

²⁴ Ver de Chaunu “¿Se debe preferir una forma de historia?”, *op. cit.*, p. 163-178.

²⁵ “La cuantificación, como asignación de números y operaciones con números, está en el fondo de la medición, y en esta medida la decisión de la medición se encuentra sujeta a las mismas consideraciones que la cuantificación, con el añadido de que la decisión del tipo de medición no depende fundamentalmente del concepto de medir, sino del nivel de abstracción.” Enrique de la Garza, “Medición, cuantificación y reconstrucción de la realidad”, *Revista Mexicana de Sociología*, XLIX:01, ene.-mar. 1987, México, p. 291.

²⁶ “Tuvimos que probar que éramos historiadores —reflexiona Chaunu sobre su trabajo—, que el peso de cada término de la serie era calculado con la balanza precisa de la historia [...], que una serie de precios era una cadena de testimonios, que el valor monetario de un borrego o el cargamento de un galeón que navegaba de Sevilla hacia la tierra firme a través del Atlántico era un testimonio que se ha criticado como cualquier relato de la batalla de Waterloo, con una minuciosidad que habíamos heredado de los maestros de todos nosotros, los benedictinos de San Mauro. Y luego, de pronto, cesaron las resistencias; aprobado el alegato —de la historia serial—, la causa pareció defendida, y bien defendida.” Chaunu, *op. cit.*, p. 8.

²⁷ “La ventaja de los métodos cuantitativos se reduce —sostenía Marczewski—, en suma, al hecho de que desplazan el momento en que interviene la selección del observador; en lugar de hacerla actuar durante la observación de la realidad por describir, la selección se manifiesta esencialmente al construir el sistema de referencias que servirá para la enumeración de los hechos, convertidos de esta manera en conceptualmente homogéneos.” J. Marczewski, *op. cit.*, p. 16.

reemplaza— en favor de una historia-problema que “traduce” el tiempo del historiador a la dinámica coyuntural²⁸ o, en su defecto, lo lleva al sistema de interdependencias planteado en el modelo explicativo,²⁹ lo que incluye el recurso de la “hipótesis contrafactual”.³⁰

Finalmente, el impacto de largo alcance de la cuantificación en la historia económica tiene que ver con las preguntas que se hace el historiador, o el economista, intrigados por el pasado y con la pertinencia y actualidad de los instrumentos cuantitativos que adoptan para explorarlas.³¹ Entre otras, pueden señalarse, para los econométricos, la evaluación macroeconómica del crecimiento de larga duración y su inflexión industrial;³² para los cliómetras, los agentes dinámicos en la evolución económica del pasado como la oferta de factores económicos en el crecimiento, los transportes en los costes de transacción, la eficiencia económica de empresas premodernas y la función de las instituciones en el cambio económico;³³ para la tradición de *Annales*, la evolución coyuntural de los elementos económicos y sociodemográficos

²⁸ “El análisis coyuntural —escribió Braudel—, aun en el caso de realizarlo a diferentes niveles, no puede nunca proporcionarnos una verdad redonda e indiscutible. Pero con todo, sigue siendo uno de los medios necesarios de toda explicación histórica, y, como tal, útil formulación del problema.” *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1981, t. 2, p. 329-330. Ver también de Pierre Chaunu, “Dinámica coyuntural e historia serial” (1960), en *Historia cuantitativa, historia serial*, p. 15-27.

²⁹ “la construcción de un sistema de referencias puede hacerse independientemente de toda preocupación con respecto a un relato histórico dado —sostiene Marczewski—. Incluso puede realizarse siguiendo la forma de un esquema general, aplicable a todas las realidades de un mismo tipo. Las descripciones cuantitativas que resulten serán [...] enteramente objetivas y comparables entre sí, dentro del enfoque del sistema de referencias adoptado”. Marczewski, *op. cit.*, p. 16.

³⁰ “Prácticamente, cualquier afirmación histórica condicional que trate de sopesar la importancia relativa de factores causales contiene un mecanismo contrafactual implícito. Pero, en cuanto mecanismo heurístico, el contrafactual sólo se puede utilizar de manera convincente cuando es posible concretar una alternativa plausible y elaborar y medir sus conexiones con el resto de la economía; es decir, los mecanismos contrafactuales parecen útiles cuando se puede utilizar la teoría económica para predecir resultados bajo condiciones alternativas. Sólo entonces está al alcance de los historiadores aislar y cuantificar la contribución de una variable determinada.” O’Brien, *op. cit.*, 1984, p. 384-385.

³¹ “cuando el historiador, el verdadero, se vuelve al pasado con algún buen formulario de ciencia social en su equipaje, corre menos el peligro de ser víctima de su instrumento”. Chaunu, *op. cit.*, p. 18.

³² “por primera vez según nuestro conocimiento —señalaba Marczewski—, los economistas y los historiadores de numerosos países trabajaron juntos en la verificación de una hipótesis histórica (el *take off* industrial, A.I.) utilizando los datos de la historia cuantitativa. Al hacerlo, los economistas debieron admitir que no puede encararse un estudio de crecimiento sin recurrir a los datos históricos o generalizables y no cuantificables; los historiadores, por su parte, reconocieron la utilidad de los instrumentos del análisis cuantitativo fundados sobre la interdependencia de los fenómenos económicos.” Marczewski, *op. cit.*, p. 62-63.

³³ Ver este abanico de problemas en Robert Fogel y Stanley Engerman (editores), *The Reinterpretation of American Economic History*, New York, 1971. Así, también la antología publicada en español por Peter Temin, *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, 1984.

de los *sistemas de civilización*.³⁴ las coyunturas demográficas, de los intercambios y la producción, pero también de la cultura y las ideas.³⁵

La pregunta que nos sugiere este examen es, entonces, ¿siguen siendo relevantes los propósitos de aquella “república” de científicos sociales que, compartiendo un instrumento analítico, marcaron tantas diferencias entre su oficio y su objeto de estudio? Para la historia, el campo de investigación a la vez que se multiplica se pulveriza en una convergencia simbólica hacia el sujeto (de la *psicohistoria* al *imaginario social*),³⁶ mientras que para la economía el pasado es un horizonte de rehabilitación teórica y reflexión sobre el comportamiento económico del sujeto.³⁷ En conjunto, el instrumento ha sido domeñado y las preocupaciones del presente han promovido una mejor utilización de la herramienta cuantitativa; a ello contribuyen desde luego la popularización de la computadora y los paquetes estadísticos integrados³⁸ y, sobre todo, el colapso del culto al número.

La cuantificación en la historiografía mexicanista: un notable desarrollo sin entorno teórico propio

La cuantificación sistemática en la historiografía mexicanista llegó, desde los años setenta, sin debate, sin programa y sin duelos teóricos que resultaran astringentes para su desarrollo. Empero, y pese a las tempranas iniciativas personales e institucionales de Enrique Florescano,³⁹ el factor decisivo de su aclimatación fue el reto planteado en la explotación de grandes masas documentales, particularmente seriales, más que como resultado de una maduración

³⁴ El concepto y la propuesta fueron hechos por Braudel, hacia mediados de los sesenta. Ver de Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Madrid, 1983, p. 12-42.

³⁵ La propuesta de fondo es, como señalé, de Braudel en su célebre alegato sobre la *larga duración* (1958) pero su operador más entusiasta fue Chaunu: “lo que propongo llamar la historia serial de los sistemas de civilización utiliza la informática y busca la unión interdisciplinaria con la etnoantropología, la psicología de las profundidades, la semántica de todas las lingüísticas, las formas no filosóficas de la sociología, entiéndase las sociologías no marxistas, las que se vinculan con la cuantificación y con el análisis de los comportamientos”. Chaunu, *op. cit.*, p. 176-177.

³⁶ Ver de G. Himmelfarb, *The New History and the Old. Critical Essays and Reappraisals*, Harvard, 1987, p. 33-46.

³⁷ “Economic history is about the performance of economies through time —expresó Douglas North al recibir el Premio Nobel en Economía, 1993. The objective of research in the field is not only to shed new light on the economic past, but also to contribute to economic theory by providing an analytical framework that will enable us to understand economic change...” *The American Economic Review*, v. 84, n. 3, p. 359.

³⁸ Resulta interesante leerlo en el útil manual de Shorter, *The Historian and the Computer*, Prentice Hall, 1971.

³⁹ Una buena apreciación sobre los cauces originarios de la cuantificación en la historiografía latinoamericana son las Actas de la Comisión de Historia Económica-CLACSO (*Perspectivas de la historia económica cuantitativa en América Latina*, México, 1970) y las memorias de los Simposios sobre Historia Económica de Latinoamérica (*La historia económica en América Latina*, México 1972), ambas publicadas por Florescano, secretario de la Comisión.

historiográfica.⁴⁰ Pero ¿cómo, cuándo y en qué dirección marcharon los estudios cuantitativos en la historiografía mexicanista?, ¿cuáles fueron sus preocupaciones temáticas y adscripciones metodológicas?, ¿qué futuro es previsible?

Si pensamos, a través de testimonios cuantitativos, en una arqueología del conocimiento histórico cuantitativo quizá se deba retroceder hasta los padrones de tributarios y de manera más estructurada a las *Relaciones geográficas* de 1580,⁴¹ o bien a las estadísticas del periodo colonial borbónico —principalmente demográficas y fiscales— o del siglo pasado. Esto es, hay que ir a las fuentes de la moderna estadística nacional.⁴² Sin embargo, estas fuentes no son antecedentes de la historiografía cuantitativa en México sino parcialmente su objeto y referencia. Precisamente fue la necesidad de superar el carácter limitado e impreciso de dicha estadística lo que dio un impulso inicial a la cuantificación histórica.

Pero, como se advirtió anteriormente, la cuantificación histórica en México tuvo su cauce natural, sobre todo a partir de los esfuerzos de historiadores y, en menor medida, de economistas. A juzgar por sus productos, el análisis serial ha sido el más favorecido y la época colonial la más atendida. Esto tiene, en mi opinión, una doble explicación: primero, porque la historia económica en México ha sido hecha fundamentalmente por historiadores en relación con sus fuentes, temas y problemas; segundo, porque el manejo de instrumentos cuantitativos (estadísticos básicamente) y conceptuales (una teoría económica intuitiva) ha sido limitado. Sólo recientemente, esto es, en la última década, ha cambiado en un sentido más plural y sofisticado.⁴³

⁴⁰ “Para la buena fortuna de quienes trabajamos la historia del México colonial —afirma Carmen Yuste refiriéndose a la documentación—, son diversas, ricas y en ocasiones abrumadoras las fuentes que proporcionan información numérica que permite realizar estimaciones y análisis cuantitativos. Muchas veces, quienes nos dedicamos con mayor fervor al quehacer de recuperar y reconstruir esta información nos quejamos amargamente de lo que no disponemos porque, a pesar de los diversos e importantes trabajos ya publicados que recurren a la información cifrada y al análisis cuantitativo —sobre todo en temas de historia económica—, lo cierto es que hay mucho por hacer, si de lo que se trata es de rescatar y reconstruir información numérica.” C. Yuste, “Las cifras en los documentos. Fuentes coloniales”, en J. A. Bátiz, et al., *Reflexiones sobre el oficio del historiador*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, p. 189-190.

⁴¹ Alejandra Moreno Toscano, “Técnicas de encuesta en el siglo XVI: las relaciones geográficas de 1580”, en J. Martínez Ríos (comp.), *La investigación social de campo en México*, México, 1976; así, también, “Los censos y padrones de los siglos XVI-XIX”, mimeo, s.p.i. El aprovechamiento de la masa documental de las relaciones geográficas puede verse en su modelo clásico, *Geografía económica de México*, El Colegio de México, 1968.

⁴² Véase de Sergio de la Peña, “Visión global de los orígenes de la estadística. Guía de forasteros y nativos a la historia de la estadística económica nacional”, en De la Peña y Wilkie, *La estadística económica en México. Los orígenes*, México, 1994.

⁴³ Véanse los balances historiográficos de John Coatsworth (“La historiografía económica en México”, *Revista de Historia Económica*, IV:02, Madrid, 1988), Carlos Marichal (“La historiografía económica reciente sobre el México borbónico: los estudios del comercio y las finanzas virreinales, 1760-1820”, en *Boletín del Instituto Ravignani*, n. 2, Buenos Aires, 1990), Manuel Miño (“Estructura económica y crecimiento: la historiografía económica colonial mexicana”, *Historia Mexicana*, XLVII:02,

Si traducimos nuestra caracterización anterior sobre las corrientes historiográficas que emplean explícitamente la cuantificación como instrumento y concepto, advertiríamos que los campos privilegiados y ensayados por la historia serial en México son los precios,⁴⁴ la producción agropecuaria,⁴⁵ minera y monetaria,⁴⁶ los intercambios externos⁴⁷ e internos,⁴⁸ la demografía⁴⁹ y, más recientemente, la cultura y las llamadas “mentalidades”.⁵⁰

Por su parte, la llamada *econometría retrospectiva*, que ha pasado inadvertida lo mismo entre historiadores y economistas, tiene un lugar secundario respecto de otras mediciones: el problema del crecimiento económico, para los economistas, es de este siglo.⁵¹ No obstante, la medición del producto nacional bruto, su nivel y estructura han cobrado un reciente interés entre historiadores económicos como recurso para estimar la evolución económica de largo plazo, pero aún carecemos de una contabilidad nacional regresiva para el siglo pasado.⁵²

1992) y Pedro Pérez Herrero (“Los beneficiarios del reformismo borbónico: metrópoli *versus* élites novohispanas”, *Historia Mexicana*, xxii:02, México, 1991).

⁴⁴ El trabajo pionero es, sin duda, el de Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, México, 1986 (1969), pero son notables los de Virginia García, por ejemplo, *Los precios del trigo en la historia colonial de México*, México, 1988. Un articulado balance historiográfico, de ambos autores, está en el libro *Historia de los precios de los alimentos y manufacturas novohispanas*, México, CIESAS-UNAM, 1995.

⁴⁵ Los trabajos que mejor expresan esta tendencia son los de Aristides Medina Rubio (*La Iglesia y la producción agrícola en Puebla, 1540-1795*, México, 1983), Claude Morin (*Michoacán en el siglo xviii*, México, 1974), Rodolfo Pastor *et al.* (*Fluctuaciones económicas en Oaxaca durante el siglo xviii*, México, 1979), los trabajos pioneros de S. Cook y W. Borah (recientemente compilados en *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, México, 1989), Ramón Serrera (*Guadalajara ganadera. Estudio regional novogalico*, Sevilla, 1973) y Eric Van Young (*Hacienda and Market in Eighteenth-Century México. The Rural Economy of Guadalajara*, California, 1981 y su reciente antología *El ocaso del orden colonial*, México, 1992).

⁴⁶ Es de mencionar, particularmente entre los trabajos de Richard Garner, “Silver Production and Entrepreneurial Structure in 18 th-Century México”, Bonn, 1980, y su reciente libro *Economic Growth and Change in Bourbon Mexico*, University of Florida Press, 1993.

⁴⁷ Los trabajos de Brian Hamnett (*Política y comercio en el sur de México*, México, 1979) e Inés Herrera Canales (*Historia del comercio exterior en México*, México, 1984), si bien no son estrictamente seriales, reconstruyen y aprovechan este análisis.

⁴⁸ Son de particular importancia, por su trabajo pionero y conclusiones, los trabajos de Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, especialmente “Le regioni della Nuova España nell’ epoca borbonica: un’analisi quantitativa (1778-1809)”, en *Rivista Storica Italiana*, xcix:03, Turín, 1987.

⁴⁹ En particular el trabajo de Cecilia Rabell, *La población novohispana a la luz de los registros parroquiales (avances y perspectivas de investigación)*, México, 1990.

⁵⁰ Ver los recientes balances de Enrique Florescano (*El nuevo pasado mexicano*, México, 1993) y Solange Alberro (“La historia de las mentalidades: trayectoria y perspectivas”, *Historia Mexicana*, xlii:02, México, 1992).

⁵¹ Un precursor, sin discutir con los historiadores, es el trabajo de Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, México, 1970.

⁵² Quien más abiertamente ha seguido esa dirección es John Coatsworth (*Los orígenes del atraso*, México, 1990, particularmente sus trabajos sobre la macroeconomía mexicana) y más recientemente Richard y Linda Salvucci (“La productividad de la economía mexicana, 1750-1850”, en *HISLA*, Lima, 1980, y “Las consecuencias económicas de la independencia en México”, en L. Prados y S. Amaral, *Las consecuencias económicas de la independencia americana*, Madrid, 1993).

Todavía más, la *cliometría*, tan cercana en apariencia a los economistas, ha sido soslayada en la historiografía económica hasta recientes fechas, pero de nuevo ha sido mayoritariamente ensayada por historiadores, y no por azar, norteamericanos,⁵³ salvo el trabajo de Enrique Cárdenas que abre una línea de réplica historiográfica.⁵⁴ La preferencia por el estudio del crecimiento económico preindustrial —el atraso, como lo define Coatsworth— a nivel macroeconómico y sectorial, el influjo de los transportes en él,⁵⁵ el derrotero de la industrialización,⁵⁶ los precios y la inflación,⁵⁷ así como el sistema financiero⁵⁸ y la inversión externa⁵⁹ muestran la transferencia de temáticas e instrumentos analíticos, aunque también ya desarrolladas por historiadores de formación básica en economía.

La preferencia por una historia ideográfica y conceptual, vale decir no cuantitativa, tiene otras explicaciones adicionales, a saber: la ausencia de instituciones que localicen y coordinen sus esfuerzos, la debilidad curricular de la formación instrumental y económica de los historiadores,⁶⁰ así como el desafecto de los economistas por el trabajo empírico primario —la reconstrucción de series desde el archivo— asociado al carácter subordinado de la cuantificación en el discurso historiográfico, tanto por la carencia de medios de difusión especializada (como la *Economic History Review* en Estados Unidos o la *Revista de Historia Económica* en España, por citar algunos ejemplos) que propicien la comunicación entre historiadores y economistas, son algunas circunstancias que obran en su contra.

⁵³ Quien ha traducido, sistemáticamente, los temas emblemáticos de la cliometría ha sido John Coatsworth, *Los orígenes del atraso*, op. cit., que, si bien ha despertado polémicas, ha sido por el contenido de su trabajo no por el método y su referente teórico.

⁵⁴ Véase “Algunas consideraciones sobre la depresión económica mexicana”, en *HISLA*, Lima, 1987; así, también, su reciente trabajo “Una reinterpretación macroeconómica del atraso en la economía mexicana”, en *El Trimestre Económico*.

⁵⁵ De nuevo, el trabajo de Coatsworth sobre *El impacto de los ferrocarriles en el porfiriato*, México, 1983, es fundamental.

⁵⁶ Véanse las recientes interpretaciones de S. Haber sobre la industrialización mexicana en *Revista de Historia Económica*, Madrid, 1990.

⁵⁷ En particular el trabajo de Enrique Cárdenas y Carlos Manns, “Inflación y estabilización monetaria en México durante la Revolución”, en *Lecturas del Trimestre Económico* 64(2), México, 1992.

⁵⁸ Ver los trabajos pioneros coordinados por Carlos Marichal y Leonor Ludlow, *Banca y poder en México (1800-1925)*, México, 1986; y recientemente el trabajo de Luis Téllez, “Préstamos externos, primas de riesgo y hechos políticos: la experiencia mexicana en el siglo XIX”, *Lecturas del Trimestre Económico* 64 (2), México, 1992.

⁵⁹ Ver el trabajo de Marichal, *Historia de la deuda externa de América Latina*, Madrid, 1988, y de Jaime Zabudowsky, “La depreciación de la plata y las exportaciones”, en *Lecturas del Trimestre Económico* 64 (2).

⁶⁰ No contamos, aún, con una formación universitaria en historia económica como disciplina independiente sino con especializaciones en los dos campos convergentes: bien historiadores en la economía o economistas en la historia. Sin embargo, la investigación empírica no ha dependido de una formación curricular específica.

A decir verdad, la diferencia conceptual entre contar y cuantificar ha gravitado notablemente en la historiografía mexicanista: pocos trabajos cuantitativos hacen explícito un modelo complejo y, en consecuencia, excepcionalmente pretenden mostrar “hipótesis contrafactuales” para su debate. Más aún, este debate está por hacerse y de ello podría resultar quizá un programa concertado de investigación. Con ello podrían borrarse las fronteras —o por lo menos hacerlas más móviles— entre historiadores y economistas, en favor de una historia económica nueva.

Perspectivas de investigación

No es éste, al parecer, el tiempo de debates en la historiografía sino de búsqueda temática en campos disciplinarios cada vez más laxos: el ocaso de certidumbres epistemológicas —y señaladamente ideológicas— han relajado ostensiblemente las viejas querencias teóricas. Por tanto, parece ser el momento propicio para integrar enfoques, violentar osificadas jerarquías disciplinarias y crear objetos nuevos de investigación, sin más compromiso que la historia.

Si nos deshacemos de la *moda* como criterio de validación sobre lo relevante en la investigación histórica, es probable que hasta el rechazo a cuantificar deje de ser significativo, dando paso a un ejercicio creativo entre las *matemáticas sociales* —como afirmaba Braudel— y la historia. En cualquier caso, la originalidad de la historiografía mexicanista deberá estar al margen de sus adscripciones teóricas, aún implícitas, y más en razón directa de su capacidad para integrar enfoques y métodos en temas relevantes.

A manera de ejemplo, en la historia económica reciente se han abierto nuevos campos temáticos hasta hace poco relegados: el estudio de las finanzas públicas y privadas, los circuitos mercantiles y el crecimiento económico en México,⁶¹ la banca, el crédito y el mercado financiero.⁶² En gran medida, la recuperación temática sigue obedeciendo al descubrimiento de nuevas fuentes, tanto públicas como privadas, que alientan la exploración de esferas de la vida económica descuidada por la historiografía anterior.⁶³

⁶¹ Carmen Yuste y Jorge Silva (comp.), *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995.

⁶² Véase el reciente producto del Seminario de Finanzas en: Leonor Ludlow y Jorge Silva, *Los negocios y las ganancias de la Colonia al México moderno*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993.

⁶³ De nuevo, por iniciativa de los historiadores, podemos saber de potenciales temas a partir de noticias sobre las fuentes y su tratamiento; ejemplo de ello son el *Boletín de fuentes para la historia económica*, de El Colegio de México, 1990-1992 (8 v.); el *Boletín de fuentes América Latina en la historia económica*, del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1993-1994; y la revista *Siglo XIX. Cuadernos de Historia*, de la Universidad de Nuevo León y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990-1995.



En cualquier caso, una eventual discusión teórica depende también de nuevos testimonios que obliguen a discutir, una vez más, procedimientos, conceptos e interpretaciones para las cuales la cuantificación es una vereda que valdría la pena transitar de nuevo, con una orientación más definida y acaso explícitamente teórica.

